

# El pueblo de los buitres

Fernando Sánchez Alonso

**H**abría que hacer un pacto con el diablo», ha dicho Cecilio. Estamos en la loma que llaman La Revilla, donde se alza una cruz de granito que imparte desde hace siglos su bendición a los buitres y a la escarcha. Desde allí se divisa una panorámica del caserío y de los alrededores, pura piedra caliza descarnada que repite la misma sugestión de irrealidad que cantó Machado: «Campos de Soria / donde parece que las rocas sueñan». No es extraño que estos parajes sirvieran de escenario para rodar la versión cinematográfica del *Libro de buen amor*. «Y otra película de la que no me acuerdo», se sincera Cecilio.

Un poco más abajo del altozano, Ángel, el viejo cura del pueblo, cava con brío en el bancal. Cecilio lo mira mientras espera a que la silueta parda de un águila se hunda en la lejanía. Luego insiste: «Como te iba diciendo, para que el pueblo se mantuviera habría que hacer un pacto con el diablo. ¿Y qué íbamos a ofrecerle nosotros, la mayoría viejos ya?», ironiza. «No hay remedio. Este pueblo está condenado a desaparecer en cuanto nosotros muramos. Será de las águilas y los buitres».

## Un triste récord

El pueblo al que se refiere Cecilio es La Riba de Escalote, un pequeño municipio de la provincia de Soria que constituye la localidad más envejecida de España, con una media de 76 años de edad. Así lo ha proclamado el Instituto Nacional de Estadística. La Riba de Escalote cuenta con 18 habitantes, «aunque vivir»,

corrige Cecilio, «lo que se dice vivir, aquí solo vivimos ocho todo el año. El resto viene de vacaciones y luego se marcha».

Si a las palabras de Cecilio añadimos las de la Unesco, que ha declarado a la provincia de Soria, con tan solo 8,8 habitantes por kilómetro cuadrado, como zona desértica, estaríamos hablando del pueblo con más viejos en la zona más despoblada de la Península; una provincia, esta de Soria, que ha perdido nada menos que un 605% de su población desde el año 1900.

Los ocho habitantes permanentes de La Riba son Ángel y su hermana Primitiva; Teodora Molina y Teodoro Beato, los padres de Cecilio; y otro matrimonio, el formado por Manuel Contreras y su mujer Esperanza Pérez. Completan el censo de los moradores habituales dos agricultores que hace tiempo que saltaron los cincuenta: el mencionado Cecilio y Jesús García, el alcalde. «Viene a trabajar las tierras a diario», me informa Cecilio, «pero vive en Berlanga de Duero».

## Los Robinson Crusoe de la estepa

Me despido de Cecilio y bajo al bancal, a conocer a Ángel, que ha dejado de cavar cuando ha llegado su hermana. Ángel, pelo desamparado y blanco, dice misa a diario para los vecinos del pueblo, «excepto los domingos, en que la celebra el cura titular de la parroquia de san Miguel», a quien está consagrada la imponente iglesia local, con más hechuras de fortaleza o cuartel que de templo religioso.

Le pregunto cómo transcurren sus días. «Por las mañanas voy al huerto y por las tardes digo misa. Así siempre», recita escrutándome con sus ojillos azules, tristes, astutos, borrosos de cataratas. «Y usted, Primitiva, ¿echa algo de menos aquí?» Ella, que está arrojando maíz a los cacareos de las gallinas, baja la vista, se estruja nerviosa los dedos enrojecidos de las manos, sonrío: «Sí, a mis padres. Me acuerdo mucho de ellos. Yo ahora ya tengo más años que cuando ellos murieron y fijese...»

Manuel (89 años) y Esperanza (86) forman uno de los dos matrimonios de La Riba, como se dijo. Disputándose la palabra, me cuentan que una vez por semana acuden al pueblo el médico y el farmacéutico, y varias, el panadero, el frutero y el de los congelados. «En este sentido no hay de qué preocuparse», resume Manuel, «porque al menos no tenemos que movernos de casa». Esperanza completa: «Aunque tampoco podríamos desplazarnos, porque hace mucho que ya no pasa el coche de línea por aquí. Vivimos aislados».

Teodoro (84 años) y Teodora (83), el otro matrimonio, en seguida se animan a recordar los tiempos de esplendor del pueblo, cuando

contaba con más de 300 habitantes. «Luego se fueron yendo uno detrás de otro», se lamenta Teodora. «Hace unos años», agrega con nostalgia, «vino un matrimonio forastero con su hija. Mejores personas no podían ser». Todos se ilusionaron. Supusieron que ese podía ser el principio de la recuperación del pueblo, que ese matrimonio atraería a otros con los tan ansiados niños. «Pero él murió de repente de un infarto, y la mujer y la chica tuvieron que marcharse. Desde entonces no ha vuelto nadie más. Es una pena».

Su marido, que ha estado callado, se arranca de pronto echando pestes de los políticos. «Todos son iguales», democratiza. «Este pueblo y otros tantos como este están en las últimas y les da igual. Nadie hace nada. Solo buscan que España sea un cadáver. Pero a diferencia de los buitres, los políticos no esperan a que el país esté muerto. Se lo están comiendo ya. Estos y los otros. Solo se acuerdan de nosotros para votar».

Según la Oficina de Estadística Europea, España será el país europeo más envejecido en 2050. La Riba de Escalote ya lo es, tristemente, de España.

---

© Fernando Sánchez Alonso

Reportaje (fotos y textos) publicado en *Interviú*, nº 1979, 31 marzo-6 abril 2014 y en el «Magazine» de *La Vanguardia* el 8 de septiembre de 2013 con el título «El pueblo más viejo».

[www.fernandosanchezalonso.com](http://www.fernandosanchezalonso.com)